

UN CARMELITA DESCALZO

ALEGRÍA DE MORIR

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 SEVILLA

www.apostoladomariano.com

ISBN:84-7770-640-9

DL.Gr.5.211-03

Impreso en España

Printed in Spain

J.M.J.T.

**VIRGEN SANTISIMA Y MADRE MIA DEL
CARMEN**

A TI, a quien Dios llenó de gracia sobre todas las demás criaturas desde tu Concepción inmaculada mientras viviste en la tierra oculta y pobremente, y ahora, ya en el cielo, llena para siempre tu alma, junta con tu cuerpo ya glorificado por singularísima merced del Señor de gloriosa felicidad, superior a la de todos los ángeles y bienaventurados, dedica y ofrece este tu amante hijo las ansias que tiene de que le lleves Contigo a gozar de la visión de Dios y de la vida de gloria.

MADRE MIA, ten eternamente a tu lado en el cielo a este hijo tuyo y a todas las almas. MADRE DE MISERICORDIA, preséntame a tu hijo Jesús. que es la resurrección. la vida y la felicidad

Te suplico esta gracia en el día de tu INMACULADA CONCEPCION, del año 1953. en Las Batuecas.

EL ULTIMO DE LOS CARMELITAS.

LECTOR

Para Ti, si de verdad buscas a Dios, escribo estas páginas, confiando te den, como a mí, luz, alegría y nostalgia del cielo.

Gozo pensando que sentirás, como yo, paz y alegría al recordar qué estamos preparando el vuelo para subir muy alto y adentrarnos en la luz, que no tiene ocaso. Porque al sentimiento de miedo que tengas sobre la muerte, sustituirá la alegre esperanza en la promesa y en la misericordia divina, sobre una muerte santa, puerta de entrada a la vida feliz. Encontrarás dichoso y deseable aquel instante de llegar a la visión de Dios, cuando empezarás a vivir la vida del mismo Dios y a verle en Sí mismo sin velos ni sombras.

No quiero que veas con lo que voy a decirte menos dificultades de las que ahora ves para salvarte y creas segura tu salvación.

Las verdades que aquí expongo son aliento para esforzarnos a vivir mejor y más santamente y para que tengamos vivo en la memoria el recuerdo de que Dios da su cielo y se da a Sí mismo a todos los que viven la virtud; pero nadie puede tener la certeza de su salvación ni de si está en gracia de Dios.

Nuestra confianza ha de estar incommovible en la misericordia del Señor, Nuestro Padre, infinitamente bueno y amoroso.

Que El nos conserve en su amor y nos lo acreciente cada día más hasta que nos ponga en su Reino.

Santo Desierto de San José de Las Batuecas, día de la Inmaculada de 1953.

CAPITULO PRIMERO

PLACIDEZ Y ESPERANZA DE LA MUERTE DE SOCRATES

Platón inmortalizó maravillosamente la muerte de Sócrates con su serena y ática creación literaria.

Todos nos complacemos en releer sin cansancio las reflexiones que pone en boca de su maestro y a todos nos sobrecoge de admiración la perenne serenidad del semblante, de las palabras y acciones con que Sócrates se despide hasta muy pronto de todos. Toma el mortal veneno a que había sido condenado y espera sereno y gozoso el inmediato momento «de ir al lado de los dioses supremos, que son verdaderamente buenos»(I). «Por esta razón, dice, no me causa disgusto el morir.»

Sabido es que Sócrates fue injusta o equivocadamente condenado a muerte por el pueblo ateniense. Ni siquiera se quejó.

El último día de su vida le acompañaban en la cárcel, desde muy de mañana, sus discípulos más queridos. Sin muestra de tristeza les habla de la inmortalidad del alma y de la vida feliz que espera al que practicó las virtudes y buscó la verdad mientras estuvo en la tierra.

Recrea a sus discípulos y se recrea él mismo describiendo los Campos Elíseos y la vida dichosa y feliz que allí disfrutará en compañía de los hombres buenos y sabios y de los mismos dioses. Era el premio señalado para la virtud, en cuya práctica él se había esmerado; era la descripción del cielo que soñaba y el que únicamente podían concebir los paganos, tan infinitamente distinto del que nos promete nuestra fe.

Habían aconsejado a Sócrates que huyera de la cárcel y le proporcionaban la huida; pero no lo quiso aceptar, porque no había cometido falta alguna y no tenía por qué huir. Además, no temía la muerte.

La vida es propiedad de Dios y nadie puede quitársela a sí mismo sin desagradar a Dios, razona Sócrates; pero cuando Dios le manda la muerte, no puede menor de alegrarse su ánimo. Detrás de la muerte ve una mejor vida ; ve la compañía de Dios y de los hombres buenos y sabios, entre quienes pronto estará viviendo. Le era amable la muerte, pues le ponía en posesión de un mayor bien, que desea y al que espera llegar. Con la muerte, se le entregaba la posesión y goce de ese bien prometido y esperado. «¿Ha de repugnar el morir, dice, y no se ha de marchar gustoso?.. No lo repugnaré... porque en ninguna otra parte más que allí ha de alcanzar una prudencia inmaculada. Y si esto es así, ¿no sería, como poco antes decía, una gran inconsecuencia que temiese la muerte?» (2).

«Los cisnes, añade, cuando presienten que van a morir, cantan mucho más y mejor, llenos de gozo, porque están para emigrar a unirse con el Dios a quien sirven. . . ; yo. . . no saldré de esta vida de peor gana que ellos» (3). «y el alma así preparada, ¿no caminará a lo que es semejante a ella, a lo invisible, a lo divino, a lo inmortal, a lo inteligible, y cuando allí llegue no comenzará a ser feliz, libre de error.. ?» (4). Cicerón también describe la serena muerte de Sócrates, quien, ya casi con la copa del veneno mortífero en la mano, de tal manera se despide que más que un condenado a muerte parecía iba al cielo. Recogiendo la doctrina de Platón y haciendo alusión a los escépticos, razona el gran prosista latino que la muerte no debe infundir temor a nadie, como no se lo infundió a Sócrates. Porque si después de la muerte no existe la inmortalidad, como decían los escépticos, muriendo se deja de sufrir y dejando de existir no hay mal ni dolor ninguno.

Y si después de la muerte existe la inmortalidad del alma, como enseña la verdadera filosofía y él defiende, ¿cómo no se ha de mirar con serena alegría el momento de ir a la dicha de los Campos Elíseos, que era la felicidad inmortal concebida y enseñada por la religión y la filosofía pagana? Y no sólo no se debía sentir pena ni temor por esto e ir gustosos a convivir con los hombres buenos e ilustres en una sociedad pacífica y dichosa, antes el gozo debía inundar el ánimo en apacibilidad.

Es verdad que Cicerón no alude para nada aquí a las penas eternas, que también admitían los paganos como castigo del mal obrar, y que tan vivamente describe su coetáneo Virgilio, y ésta es precisamente la causa por la cual el cristiano teme la muerte.

La posibilidad de la muerte para desgracia eterna es lo que llena de pavor al cristiano y le hace suplicar humildemente al Señor le libre de tanta desdicha. Cicerón exhortaba a la serenidad apacible de la muerte y enseñaba que la muerte no es un mal del que se deba huir, porque lleva a la compañía de los hombres inmortales sabios y buenos y a la felicidad sin término, que él mismo describe según sus pobres conocimientos paganos.

«Y cuando lleguemos a la vida del cielo, dice, entonces viviremos verdaderamente. Porque la vida de aquí es más bien muerte y, si nos fuera permitido, debiéramos lamentarla» (5).

Y diciéndole uno de sus dialoguistas : «Veo que tu miras muy alto y quisieras ir al cielo», Cicerón le da esta admirable respuesta: «Espero ir y deseo esto para todos los que aquí estamos» (6).

Catón de Utica, vencido en una guerra, no quiere sobrevivir a su derrota. Toma los diálogos platónicos y lee en el *Fedón* las reflexiones de Sócrates a sus discípulos en el día de su muerte, sobre la inmortalidad y vida futura del alma. Esforzado con la luz de esas lecturas y reflexiones, sin atender al principio de

que a nadie le es lícito quitarse la vida, Catón se quitó la suya para entrar en la inmortalidad. No faltarían después, al correr los siglos, equivocados seguidores del funesto error del suicidio.

(1) Platón, *Fedón*, VIII. Traducido del griego por Anacleto Longue y Molpeceres. Madrid, 1880.

(2) Platón, *Fedón*, XII.

(3) Platón, *Fedón*, XXXV.

(4) Platón, *Fedón*, XXXIX.

(5) Cicerón, *Tusculanae Disputationes*, lib. I, capítulo XXXI. núm.75. Todo el libro trata de esto, en especial los capítulos XXIX-XXXI;

(6) *Idem id.*, núm. 82.

CAPITULO II

LA MUERTE ES ARCO TRIUNFAL PARA EL CIELO

Del concepto que los paganos tenían sobre Dios, sobre el alma y sobre la felicidad futura, al concepto que nos da la fe a los cristianos, hay distancias infinitas. La filosofía pagana de todos los tiempos -aún en la más alta representación de Platón y Aristóteles- con ráfagas de esplendores de verdad, estaba llena de errores. No había alcanzado la idea clara de un Dios infinito en toda perfección, único, bondad suma y comunicador de todo bien a cuanto goza de alguna perfección; veía, al contrario, un Dios limitado, que no era Dios. No conocía claramente ni con certeza lo que era el alma, sus perfecciones, ni su fin eterno y sobrenatural, y mucho me nos había alcanzado el conocimiento de la gloria esencial e imperecedera. Los filósofos paganos no conocían, ni conocen, la verdad, y la que alcanzan, aparece inundada de errores.

La fe nos enseña con seguridad absoluta a los cristianos, sin vacilaciones ni dudas, las verdades más sublimes y hermosas.

Nos enseña que Dios es infinito, todo sabiduría, todo amor, todo perfección; que es nuestro Padre y quiere ser nuestra dicha en la eternidad, siendo El nuestra misma vida.

Por la fe sabemos que el cielo es la visión de la esencia de Dios, y el goce en Dios de todo bien, sin la menor sombra de tristeza ni de temor de perderle; que todo lo conoceremos en El, según el amor que cada alma haya vivido y adquirido en la tierra.

Por la fe sabemos que el cielo es un bien tan intenso, tan sobre todo bien, que ningún hombre puede merecerlo ni ser digno de conseguirlo; pero Dios nos ha creado para el cielo libremente y para que entran en él cuantos lo elijan, si quieren cumplir la voluntad divina manifestada en sus mandamientos y si practican las virtudes. Como en el cielo no hay nada manchado, en desorden, ni injusto, todo allí es luz y brillo, no pueden entrar en él los soberbios, ni los impuros, ni los avarientos acaparadores.

Nuestro Señor Jesucristo nos dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, y bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (I). Da su cielo a los humildes de corazón ya los que viven en la hoguera de su amor. Caridad y gracia son el vestido que cubre y hermosea el alma, dándola derecho a la gloria.

La puerta de entrada al cielo es la muerte y por este arco triunfal ha de pasar el alma a recibir su premio de gloria eterna, a la posesión del palacio de

Dios, donde Cristo lo colocará en los vergeles siempre amenos de su paraíso (2).

El alma cristiana, que vive la verdad, que está hermosada con la luz de la gracia y se ha cuidado de agradar a Dios con los actos de su vida, siente un tierno amor y una ilusión creciente por pasar el arco triunfal, que le ha de poner en la luz y posesión de Dios.

Atrás quedan las oscuridades, incertidumbres y tristezas; después ya todo será gozo y luz. Abajo quedan los lamentos y luchas; arriba empieza la visión de paz y en los oídos resuenan melodiosas las palabras del mismo Dios: «*Entra en el gozo de tu Señor*» (3).

Se estremecerá de admiración la naturaleza humana ante la presencia de esta puerta, pues sabe muy bien que, una vez franqueada, Dios se hace presente al alma en gracia, envolviéndola y llenándola de luz y felicidad eterna; sabe que, pasado este arco de triunfo, si está del todo limpia, aparece el cielo con todas sus luminarias y bellezas infinitas y entra a la vida y sabiduría de Dios. «Venturosa fue vuestra suerte» (4), decía Santa Teresa a tales almas.

Ya muy cercana a la muerte la carmelita Francisca de la Encarnación, en Jaén, tuvo una suspensión de los sentidos y cuando volvió en sí estaba llena de alegría. Preguntóla una hermana suya, también religiosa con ella, por qué estaba tan gozosa y contestó: «He sido llevada por un camino áspero lleno de cru-

ces y al término he visto una puerta llena de resplandores. Ya he andado el camino y sólo me falta un paso, el de la muerte, para entrar a gozar de la luz esplendorosa» (5).

¿Cómo es posible no sentir amor a lo que nos ha de colocar en el mismo cielo?

(1) *San Mateo*, V. 3-8.

(2) «Jesucristo Hijo de Dios vivo te ponga en los siempre floridos vergeles de su paraíso.» (*Recomendación del alma. Oración III.*)

(3) *San Mateo*, XXV 21-23.

(4) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones*, XIII, «Oh almas, que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidadas en alabanzas de mi Dios. . . Ayudad a nuestra miseria y sednos intercesoras ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo y reparta con nosotros ese claro conocimiento que tenéis.»

(5) *Año Cristiano Carmelitano*, por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo III, día 7 de diciembre.

CAPITULO III

LA HUMANA NATURALEZA DESEA LA VIDA Y RECHAZA LA MUERTE

Vemos que casi todos los hombres temen la muerte y la miran como el mayor mal. ¿No podemos decir con razón que la muerte es un bien inmenso para el hombre? y siendo así, ¿no debiera producir un gozo proporcionado a su grandeza? ¿No podremos decir con toda verdad que la muerte trae consigo belleza y luz a raudales?

Sabemos los cristianos que la muerte fue el castigo que Dios impuso al hombre por su desobediencia y San Pablo nos dice que la muerte entró en el mundo por el pecado (I).

Adán y Eva fueron creados en justicia original y, pasado el tiempo del mérito y de la prueba en el paraíso, serían trasladados desde allí al cielo sin pasar por la muerte; pues el alma, inmortal por naturaleza, comunicaría su inmortalidad al cuerpo y el hombre llegaría a la vida eterna sin pagar contribución a la muerte; recibiría la glorificación del alma y del cuerpo sin descender al sepulcro. Pero el hombre desobedeció a Dios y recibió el castigo de la muerte, la cual consiste en la separación temporal del alma y del cuerpo. El alma puede ser feliz sin el cuer-

po y lo es en el cielo, pero siempre dice relación al mismo cuerpo que informó y dio vida mientras estaba en la tierra, y un día, por la omnipotencia divina, volverá a unirse a su mismo cuerpo y a darle nueva vida según las propiedades que ella tenga. La misericordia del Padre ha decretado la resurrección de los muertos para ya nunca volver a separarse alma y cuerpo, ni, por lo tanto, volver a morir.

Se tiene miedo a la muerte, porque es contra la naturaleza íntima del hombre creado para la inmortalidad del cielo y porque es un castigo de Dios a la naturaleza, por el pecado de rebeldía y desobediencia de nuestros primeros padres (2).

Naturalmente todos deseamos vivir, pues hemos sido criados para la vida y para la luz, que son preciosísimos efectos de la verdad, y la verdad es la vida y la luz de la inteligencia. Condición nata y como instinto de nuestra naturaleza, es desear la vida perfecta y poseer la verdad. El hombre busca sediento la vida perfecta sin dolencias ni sinsabores, ajena de luchas; busca una vida de luz sin sombras, sin enfermedades ni desvelos; busca un vivir radiante de verdad, sin nube alguna de equivocación ni error. Anhela la vida perfecta y segura sin límites ni ocaso.

Siempre había tenido San Pedro Pascual vehementes ansias de dar su vida a Dios por medio del martirio. Condenado por los moros en Granada, sintió un gozo superior a cuanto había soñado; pero ya inminente la hora de sufrir la muerte por Cristo, se

apoderó de su razón un terror tan grande que no se lo explicaba. Acudió por la oración al Señor, y apareciéndosele Jesucristo en la Cruz, le dijo: «Pedro, no te asustes porque la naturaleza haga su oficio. Yo mismo estuve triste hasta la muerte la noche antes de mi pasión, y por tu amor padecí aquella larga agonía.» Con esto cesaron los temores y volvió la alegría más intensa que antes (3). Tan pasajera suele ser la tristeza que atribula al alma guiada por la fe. El sol de la esperanza luce rutilante sin ocaso.

No se destruye el hombre en la muerte ni se aniquila; sólo se separan por un tiempo los dos componentes esenciales de la naturaleza humana, en la hora que el Señor ha prefijado para cada uno de los mortales.

El alma, obediente al mandato divino, deja el cuerpo. Dirá la anatomía que vino la muerte por falta de vitalidad en las células y tejidos. Se dirá que la enfermedad, conocida o desconocida, lenta o rápida, la vejez o uno de los múltiples accidentes, causó la muerte. Que el organismo está gastado. Pero llega porque Dios lo dispuso así y en el momento en que lo determinó para cada hombre.

Venturosamente la muerte no destruye, transforma. Se puede decir que es cosecha. En la vida se siembran obras para recoger en la eternidad y se cosechará lo que se sembró.

«Los justos, dice Fray Luis de Granada, no tienen por qué temer la muerte; antes mueren alabando y

dando gracias a Dios por su acabamiento, pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad» (4).

Con la muerte se siembra la desintegración del cuerpo para recoger vida de inmortalidad en la resurrección. El cuerpo recogerá, igualmente que el alma, los frutos de sus obras.

No ha querido el Señor que haya hombre alguno - ni aún Jesús, ni su Purísima Madre- que se libre de pagar el tributo de la muerte, paso obligado y necesario para penetrar alegres en la deseada mansión de la Patria celeste (5).

(1) San Pablo, *A los Romanos*, V, 12; *Sabid.*, 24. San Agustín, *De Trinitate*, lib. IV, cap. XII.

(2) Santo Tomás de Aquino, *Summa. Suplemento*; Q. 75-79 ; *Summa contra Gentes*, lib. IV, cap. 79 Suárez, *De Anima*, lib. VI, caps. IX-X.

(3) *Año Cristiano*, por el P. Juan Croisset, 24 de octubre.

(4) *Guía de Pecadores*, por el R. P. Fray Luis de Granada, O. P., lib. I, part. II, cap. XXII, pár. 1.

(5) *Oraciones de la recomendación del alma*, III.

CAPITULO IV

CIENCIA DE LAS COSAS EN DIOS

El dogma de la resurrección de la carne para vida de inmortalidad derrama en el espíritu alegría y luz sobre cuanto puede soñar la fantasía humana. El cuerpo que caminó con dolor durante su carrera en la vida terrestre, recibirá en la vida gloriosa inmarcesible corona según las obras realizadas durante su vida perecedera y transitoria.

Hasta las gentes más sencillas y de menos estudios comprenden perfectamente la verdad filosófica que se encierra en este dicho popular: *lo violento no es duradero*. La separación del alma y del cuerpo es de inmensa violencia, porque dos naturalezas creadas para formar una sola y estar siempre unidas, constituyendo la esencia del hombre, se separan. Como el alma humana vivirá por toda la eternidad, el cuerpo humano deberá estar siempre recibiendo vida del alma, porque forma, en unión con ella, el hombre; pero Dios puso el castigo de la separación, que sólo Él podía poner, porque sólo Dios es creador de la naturaleza y de los seres.

En su infinito poder y con amor de Padre, halló remedio a esa violencia, y un día restablecerá de nuevo la naturaleza íntegra del hombre después de

haber pagado el tributo y cumplido el castigo impuesto a todos los hijos de Adán (I). Su omnipotencia hará que el alma vuelva a vivificar y transmitir sus propiedades al *mismo cuerpo* que antes había animado. Es el dogma preciosísimo de la *resurrección de la carne*, que nos enseña la fe. Este cuerpo mío resucitará y volverá a recibir la vida del alma mía. *Volveré a ser yo mismo*, todo vivo en el cielo, después del Juicio Final, para nunca más morir.

Sólo el poder infinito de Dios puede realizar esta maravilla, como sólo Él pudo crear mi ser, y ha revelado que lo hará; la fe me enseña y yo lo repito gozoso todos los días cuando rezo el Símbolo de los Apóstoles, diciendo: *Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.*

El alma comunicará entonces al cuerpo sus propiedades según sus obras y según la capacidad de recibir de la materia. Se reflejarán en el cuerpo resucitado las cualidades del alma, e irradiará belleza y luz correspondiente al grado de gloria y amor del alma, o mostrará fealdad y dolor en proporción del castigo merecido por sus malas obras.

Ahora, mientras vivimos aquí, no están los cuerpos en proporción con sus almas, ni aparece al exterior lo que el espíritu es en realidad ante Dios. En general, ni la hermosura ni el talento o simpatía guardan relación con la gracia. Vemos con frecuencia que almas muy santas viven en cuerpos enfermizos, contrahechos, desgarrados y débiles; en cambio, almas

pecadoras y viciosas animan cuerpos de gran belleza, de inmenso talento y atractivo admirable.

No será así cuando los cuerpos resuciten para la vida de inmortalidad. Dios dará a cada uno su merecido y su premio. Los cuerpos serán el exacto reflejo del alma. Se traslucirá el espíritu en los cuerpos y en ellos se verá su perfección, su gloria, su luz, su hermosura. Los cuerpos de los que se salvaron resucitarán llenos de cualidades gloriosas, serán claros, ligeros, sutiles e impasibles. Su gloria, brillo y perfección serán en todo como sea la bondad y luz del alma. Cada uno resplandecerá con los destellos que ganó con su amor al Señor.

Vivirá ya el hombre para siempre con las perfecciones y bellezas que le comunique su espíritu.

Dios, infinito en misericordia, pero exacto premiador, dará a cada uno su merecido.

De modo semejante será la ciencia y el conocimiento que el alma tenga de los seres de la naturaleza, de los mundos creados o creables y de los misterios y verdades de Dios, en proporción de su santidad. Sabrá más y comprenderá mejor y verá horizontes más dilatados el alma más santa, la que más amó, la que más se ofreció y mejor hizo la voluntad de Dios. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (2). Benditos los que todo lo dejaron por Dios, porque todo lo encontrarán en El con infinita medida. En Dios vivirán para siempre, gozando de su gozo. En el cielo no será el conoci-

miento de Dios y de las cosas según la ciencia, el estudio y el talento que se tuvo en la tierra, sino según el amor a Dios. Sabrá más y conocerá mejor y recibirá mayor luz de gloria el que amó más, ejercitó mejor las virtudes y estuvo más perfectamente ofrecido a su Creador.

Por idéntica causa el alma que sufra el apartamiento de Dios y padezca las tinieblas y la desesperación de los condenados, comunicará a su cuerpo- el mismo cuerpo que pecó en la tierra- todo el tormento e irresistible despecho, dolor e impaciencia del infierno para siempre. El cuerpo será en todo exacto retrato y reflejo del alma.

Después de pagar el tributo a la muerte, cuando el poder infinito de Dios y su misericordia resucite a todos los muertos, viviremos eternamente y no tendrá ya poder la muerte sobre el hombre. Pero vivirán de muy distinta manera los justos y los pecadores. Cada uno recogerá lo que sembró y tendrá la compañía que buscó en la tierra y de la cual se hizo acreedor: los buenos, con Dios entre el ejército de los bienaventurados, gozarán de la dulzura de la contemplación divina por toda la eternidad; los malos, con los malos y con el príncipe de toda malicia, para siempre.

(1) Santo Tomás de Aquino, *Summa. Suplemento*, Q. 75 y sigs. ; *Summa contra Gentes*, lib. IV, capítulo 79.

(2) *San Mateo*, V, 8.

CAPITULO V

POR QUE TEME MAS LA MUERTE EL BUENO QUE EL MALO

Observamos un hecho a primera vista extraño: que muchos cristianos, aun fervorosos, tienen, a veces, más miedo a la muerte que los impíos y descreídos. Parece inexplicable, pero así es. El pecador anda continuamente con la vida expuesta y nada le importa. Vive despreocupado de que en cualquier momento le puede llegar la muerte. En cambio, el cristiano fervoroso piensa en ella y en sus efectos.

La razón es porque el impío y descreído, o no quiere pensar en la muerte, o porque detrás de ella ve sólo el vacío y la nada. Juzga que con la muerte deja de existir y que no hay infierno o cielo. La desagradable sorpresa, sin posible remedio, será cuando se encuentre el alma ante la realidad de sus pecados y la infinita justicia de Dios; ante su impiedad y el inexorable castigo. Entonces, tarde ya, verá su error trágico: haber obrado con malicia, haber menospreciado a Dios y no haber querido ni creer ni orar. Desde aquel momento ya no podrá jamás amar ni retroceder. Recogerá inexorablemente lo que sembró.

Algunos cristianos, aun muy fervorosos, tienen miedo a la muerte, no por ella en sí misma, sino por-

que ponen sus ojos, y deben ponerlos, en la eternidad. Por la muerte pasará a vivir el *para siempre* y no sabe el estado actual de su conciencia; el alma, que desea la luz, porque su fin es la luz, no la ve claramente en la tierra y siente ansias inmensas de felicidad; sabe que el cielo es un bien tan sobre todo bien y una dicha tan sobre toda imaginable aspiración, que se considera indigna de entrar en la gloriosa morada de Dios y teme no estar en disposición de poderla alcanzar.

Y en verdad que nadie es digno de entrar en el cielo, ni nadie por sí mismo puede merecerlo, ni llegar a la posesión de la verdad infinita ni del gozo inefable de Dios. Las alas del hombre son impotentes para remontarse a tanta altura. Un bien tan inconmensurable y sobrenatural no puede merecerse con ninguna obra humana, porque la gloria y el cielo verdadero son el mismo Dios o la *visión esencial de Dios*, y con nada finito ni con ninguna obra finita se puede merecer.

Pero el Señor es tan infinitamente generoso y amante como es infinito su poder y nos creó para verle y gozarle, y ha prometido dar su cielo a todos cuantos le amen y obedezcan; a todos los que se sometan a su voluntad cumpliendo sus mandamientos.

La fe viva y ferviente dictaba a Raimundo Lulio este temor y seguridad, y escribía. «Pensó el Amigo en la muerte y temióla, hasta que se acordó del

Amado, y con alta voz dijo a los que tenía presentes: Oh señores, amad mucho para que no temáis la muerte ni los peligros en honrar y servir a mi Amado» (I). El amor que el hombre tiene a Dios en la tierra es la moneda de seguridad para entrar en el cielo. El que en la tierra está con Dios, eternamente le gozará con amor infinito; eternamente vivirá en Dios la vida de Dios; porque *El nos comunicará su Vida*.

El cristiano tiene miedo a la muerte, porque sabe muy bien que al cielo no entra nada manchado; sabe de modo clarísimo que el pecado mortal cierra para siempre el paraíso y conoce por experiencia la fragilidad humana. Recuerda las palabras del Eclesiástico que *nadie sabe si es digno de amor o de odio* (2), o lo que es igual, que nadie puede asegurar si se encuentra en estado de gracia. Teme, por todo esto, que su alma, en lugar de poseer el inapreciable tesoro y la hermosura incomparable del amor de Dios, carezca de él y no pueda llegar a recibir el galardón con que el Señor premia al alma en gracia, y tenga que estar para siempre separada de El en el espantoso caos de la noche eterna.

Si nos fuera concedido ver el estado en que nuestras almas se encuentran y la hermosura y riqueza con que están adornadas por la gracia, como vemos el estado de nuestros cuerpos, no solamente no tendríamos miedo a la muerte, sino que la amaríamos y suspiraríamos por ella como por hermana muy que-

rida que nos conduce a la luz indeficiente y a la dicha deseada; como a ventana abierta por donde nos ha de entrar la luz del sol eterno; como arco triunfal por donde pasaremos al palacio de Dios, como se desea el amoroso abrazo del padre adorado después de larga ausencia o cautividad dolorosa.

Pero el Señor ha dispuesto que no podamos ver nuestras almas mientras vivimos en la tierra, ni conocer el estado de belleza o fealdad en que se encuentran; ni si están en miseria de pecado o en hermosura de gracia.

Tan sólo indirectamente, por el examen de las obras, puede deducirse el estado de las almas ajenas, y aunque no con certeza, ver el de la nuestra.

Teme también el cuerpo aquella hora y quiere comunicar su inquietud al espíritu, porque en la muerte se siente abandonado del alma y pide auxilio, suplicándola no le deje en desamparo; quisiera acompañar al alma y entrar con ella en seguida en la vida inmortal. Le horroriza la corrupción del sepulcro, aunque sepa que recobrará más tarde vida inmortal y gloriosa. Rehúye la destrucción.

Pero el alma acepta la muerte como dispuesta por Dios y en esperanza de dicha. El alma se une al querer divino, que es eterno bien.

Reflexionando sobre el deseo de vivir y el temor y la necesidad de morir, razonaba así San Francisco de Sales: «Esta unión y conformidad (del alma) al beneplácito divino se hace por la santa resignación o

por la santa indiferencia. Pues la resignación se practica a manera de esfuerzo y de sumisión; porque se querría muy bien vivir en vez de morir; y, sin embargo, porque el beneplácito divino es que se muera, confórmase el alma con él.

«Se querría vivir si pluguiese a Dios y, además, se querría que fuese del agrado de Dios continuar viviendo. Se muere de buena gana, pero se viviría aún con más gusto. Se pasa a la otra vida de bastante buena voluntad, pero se quedaría aún con mayor placer en ésta» (3).

Ya San Pablo nos había dejado escrito «que aun cuando *suspiramos aquí, deseando la sobrevestidura del ropaje de gloria, o la habitación nuestra del cielo, si es que fuésemos hallados vestidos de buenas obras...*, mientras nos hallamos en este cuerpo gemimos agobiados bajo su pesadez, pues no querríamos vernos despojados de él, sino ser revestidos como por encima; de manera que la vida inmortal absorbiera y haga desaparecer lo que hay de mortal en nosotros» (4).

(1) Raimundo Lulio, *Del Amigo y del Amado*, 60.

(2) *Eccles.*, IX. 1.

(3) San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, lib. IX, cap. III.

(4) *A los Cor.*, V, 4.

CAPITULO VI

LA MUERTE, MENSAJE DE ALEGRÍA

Nos enseña la fe con toda seguridad que la muerte pone al alma, que ama a Dios y está hermo­seada y vivificada con su gracia, en el mismo Dios y si se encuentra en aquel momento totalmente purificada y limpia, *le da la inmediata posesión y gozo infinito de Dios, que es* en lo que consiste la gloria.

No debemos permitir que se apodere del alma el pesimismo, interpretando la frase del Eclesiástico en el sentido más inquietante. Porque aun cuando no podemos ver si el alma está o no en gracia, ni nadie puede tener la seguridad de que vive en la amistad divina, sí se puede tener la certeza moral de no estar en pecado grave por el testimonio de la recta conciencia, por el humilde arrepentimiento de las faltas cometidas o por haber conservado siempre la inocencia del bautismo.

Dios no desecha a nadie que se ponga en sus manos y en ellas está el inocente y el arrepentido. Dios no puede desear de Sí, como lo dice en la Sagrada Escritura, al que sencillo y confiado le pide su amor y se entrega a El. Ama a Dios el que quiere amarle siendo humilde y Dios enriquece con su gracia a quien le ama. El cristiano que recibe a Jesús en la Eucaristía cree que está en gracia, por ser ésa la

condición necesaria para recibirle bien; y le reciben las almas buenas, porque se consideran en estado de gracia, aun cuando no vean en sí mismas toda la limpieza y perfección deseada ni se encuentren tan embellecidas de virtudes como es su ardiente deseo.

Felizmente son muchísimas las almas eucarísticas.

La muerte es luz para el cristiano humilde iluminado por la gracia y por el amor de Dios; es ilusión de segura entrada a la bienaventuranza y goce del cielo. Sentir la muerte, rechazarla o verla como tremenda desgracia, o como hundimiento en el vacío y negrura de la nada, considerarla como algo triste y repulsivo, además de ser una deslealtad y defección a la fe de cristiano, sería rechazar el amorosísimo abrazo de nuestro Padre celestial y no querer la felicidad para la cual hemos sido creados, ni aceptar la casa y palacio del Señor, Sumo Bien y Padre de infinito amor, que llama y espera para entregar la herencia.

La muerte, como heraldo de Dios, está encargada de recorrer el velo que oculta la luz para que la claridad sin sombra ilumine el rostro del alma. Dulce mensajero, con mano blanda y suave, quita el impedimento del cuerpo para que la inteligencia del hombre pueda llegar a la sabiduría infinita, y la voluntad, a la atmósfera del amor increado, manantial de toda dicha y felicidad perfecta, superior a cuanto en la tierra se puede soñar. La amable muerte nos pone, no con mano áspera y odiosa, sino amorosa y suave, en el regazo de Dios.

Fue esto una señalada misericordia del Señor; porque si bien castigó la rebeldía y desobediencia del hombre, lo hizo como Padre lleno de amor, que castiga para premiar y levantar a mayor bien.

No era posible que el hombre pudiera soñar tanta ni tan luminosa grandeza como es la resurrección gloriosa del cuerpo después de la muerte. Dios quiso, con amor paternal, revelarnos tan preciosa verdad para consuelo y alegría de nuestra esperanza.

La vida sobre la tierra es incesante caminar hasta la meta, donde el alma, forzada a separarse momentáneamente del cuerpo, ha de presentarse ante el Señor, y, si vivió en gracia, será introducida a la posesión de la verdad y de la hermosura de Dios, para quien fue criada. Dios, infinito en toda perfección, la meterá amoroso en su reino de luz, de sabiduría, de amor, de bienaventuranza. En él vivirá feliz hasta que por disposición divina vuelva a buscar el cuerpo que dejó en el sepulcro, comunicándole las dotes gloriosas y llevándole consigo a gozar de la felicidad eterna, ganada por la cooperación fiel y abnegada que prestó al alma en el ejercicio de las virtudes y obras santas. El poder infinito reunirá los elementos componentes del cuerpo, hasta entonces disgregados, y le resucitará como ha prometido.

Cuerpo y alma oirán la sentencia del Señor en el Juicio Final, unidos como estuvieron en la tierra; la oirán delante de todas las generaciones; todos entonces nos conoceremos; todos veremos la causa del

premio y gloria de los buenos e igualmente del castigo de los malos; alabaremos y admiraremos la exacta equidad y la infinita misericordia del justo Juez. El alma y el cuerpo de los buenos, ya gloriosos, serán siempre felices con una felicidad que no puede en la tierra concebir la inteligencia del hombre ni imaginar su fantasía.

Para el alma que esmaltó su vida con virtudes y obras buenas en gracia y por amor de Dios, con recta voluntad, conciencia limpia y corazón humilde, se presenta la muerte como lo más precioso y deseable de todo lo creado. Ve en ella el feliz y apetecido momento de empezar a recoger el premio en luz de inmortalidad.

Por la muerte levanta el Señor al hombre justo y fiel de lo finito a lo infinito; de lo criado al Creador; de lo ruin, miserable e incierto, a la seguridad y gloria de lo sobrenatural; de la oscuridad, ignorancia y flaqueza, a la luz, al amor y a la sabiduría de los bienaventurados; de la aspereza y dolor de la tierra, a la suavidad y gozo de los brazos de Dios. Es el momento deseado y feliz de entrar, conducido por Cristo, a tomar posesión de la casa de Dios para siempre, a beber en la fuente de aguas vivas, a gozarse en la fruición del amor eterno y de la vida esencial de la Trinidad Beatísima. La muerte gloriosa nos envolverá en la luz del cielo tanto tiempo codiciada.

CAPITULO VII

ANSIAS DE LA VIDA PERFECTA

Las almas santas han deseado la muerte, aun cuando la naturaleza humana no dejara de poner recelos y sembrar temores. Más aun: las almas fervorosas, en gran mayoría, han llamado con gozo a la muerte; ponían con amor sus ojos en Dios y le pedían no prolongase su destierro en este mundo. Deseaban ver al Criador en su esencia y gozar de su gloria, vivir ya con El en su reino y en su luz y se veían aquí muy lejos del Padre amadísimo. No se conformaban con llevarle presente por fe y por amor en su corazón y en la memoria, sino que se gozaban soñando en los suaves brazos de la muerte, pues ella les colocaría en la gloriosa mansión de su Padre Celestial y en la luz increada.

Todos sentimos deseos de vivir. Está en la naturaleza de los seres vivos defender su existencia y procurar perfeccionarla cuanto sea dable. Dios nos ha creado para la vida y los seres que gozan de entendimiento sienten doblada vehemencia por la plenitud del ser y el conocimiento de la más clara verdad.

No busca el ojo con tanto afán la luz, ni se esfuerza tanto el pulmón por absorber el oxígeno del aire, como el hombre ansía la vida y el entendimiento codicia la luz de la verdad. La vida es la verdad más amable. Dios es la vida y la verdad esencial, de quien

la reciben todos los demás seres. En Dios, verdad y vida son una misma divina realidad. *Todas las cosas en Dios tienen vida* (I). Puede el filósofo hablar de la verdad y discurrir sobre ella y, no obstante, estar muy lejos de vivir la verdad y aún de entenderla. Puede el escritor expresar con bellas palabras errores contrarios a la verdad y sembrar la muerte espiritual en que él vive.

Las personas justas no sólo están en la verdad, sino que la viven y tienen sed y anhelo de la verdad más amplia y más clara. Es preferible vivir la verdad sin saberla expresar, a decir frases brillante estando en la oscuridad y viviendo en la muerte del error. La verdad en Dios, es verdad esencial infinita y eterna. Toda vida y toda verdad creada es participación de la verdad eterna, y la verdad creada que no participa de la eterna no puede ser sino error, aunque agrade la belleza con que esté expuesta.

Las almas limpias y santamente soñadoras con ideales de fe y sed de Dios, están sumamente agradecidas a la bondad y misericordia que las dio la vida del cuerpo y de la gracia y las puso en la hermosura de la verdad; pero ante los horizontes de la luz sobrenatural y de eternidad enseñados por la fe, no pueden satisfacerse con esta limitada y pobre vida de la tierra, tan llena de sombras y errores, y ansían llegar a la dichosa posesión y disfrute de la verdad infinita, perfecta, feliz e imperecedera.

Todos los seres caminan necesariamente hacia su

último fin, que es el *sumo bien*. En el fin último encuentra cada ser su descanso y su dicha; por eso no puede menos de ser querido y buscado.

Dios es nuestro último fin, Bien soberano, dicha perfecta, verdad absoluta, vida infinita; encierra por esencia todas las perfecciones y ha creado todas cuantas existen; es el gozo supremo de la verdad infinita; es su propia dicha infinita y da la plenitud de gozo a las criaturas, las cuales no pueden menos de desearle.

Las almas piadosas, más iluminadas por la luz de la fe y más atraídas por la fuerza del amor increado, ven con mayor claridad y certeza la inmensidad y hermosura de su último fin, le aman con mayor intensidad, mas aún que a su propio ser, como se prefiere el fin último al fin particular y el cuerpo entero a un miembro cualquiera.

En el cielo no hay sombras y en Dios todo es luz y vida, todo amor y gozo. Estas almas piadosas, enseñadas por el mismo Espíritu Santo que mora en ellas, con altos y bellos ideales de inmortalidad desean, piden y esperan del Señor la vida perenne, toda hermosura. Desean la muerte en el ejercicio de sus virtudes, para entrar a recibir el premio en la plenitud de Dios.

La vida sobre la tierra tiene bellezas y alegrías, pero tiene también muchos pesares, contratiempos y penas irremediables; a todos se nos hace pesada y triste ya muchos insoportable. Pasa rápidamente la

hora de la alegría y sobreviene la del sufrimiento y tristeza. Se ama el día del gozo, y abrumba irresistible el día del tedio y del dolor. Se codicia el rato de gloria y se hace insufrible el del menosprecio y opresión. La negrura del dolor, de la desgracia o de la necesidad empuja a muchos a quitarse la vida. Estos desgraciados aceleran la muerte para verse libres del sufrimiento, sin darse cuenta de que, por su rebeldía, escogen un mayor y más rápido sufrimiento y para siempre...

Si la vida sobre la tierra se nos hace pesada, no es por lo que tiene de vida, sino por lo que le falta para ser perfecta y completa; es vida mediatizada ; las necesidades, los dolores, las flaquezas, son falta de vida, nubes y sombras que impiden la posesión y goce de la plena vida.

La naturaleza de cada uno nos pide y exige procurar una existencia perfecta, de paz, de salud, de sabiduría y de amor; nos enseña y estimula a codiciar el bien sin sombras. y es que Dios nos crió para la vida perfecta y feliz y, si nosotros no nos alejamos voluntariamente de El, si somos obedientes a sus mandatos y le amamos, no dejará de darnosla.

Decir vida es sinónimo de luz, de bondad y armonía, porque el concepto de vida encierra todo lo que es perfección y amor. Los niños tienden al desarrollo y crecimiento para llegar a la madurez del hombre; los animalitos se desenvuelven y crecen hasta adquirir su plenitud; las mismas plantas suben

al espacio cubriéndose de hermosura al mismo tiempo que se desarrollan hasta llegar a la más prodigiosa floración y suavísimos frutos. Todo va buscando en el desarrollo la perfección de su ser.

También el hombre desea y busca la vida perfecta. Con el desarrollo de su cuerpo y de sus sentidos, con el cultivo de su inteligencia y sensibilidad, no logra su plenitud; con ansia anhela el perfeccionamiento de todo su ser y brota de todos los hombres un deseo de inmortalidad. ¿No podrá llegar a la posesión de una vida perfecta?

Siento que mi ser tiende a superarse, a mejorar hasta la perfección si es posible, y en nada tanto como en mi propia vida. Con solas mis fuerzas no puedo llegar a esa perfección, pero no puedo menos de desearla, y sé que Dios ha prometido dar vida perfecta y dichosa y para siempre a cuantos le buscan, le aman y obedecen. Sé que esa vida prometida es tan alta, tan bella, tan llena de claridad, de una perfección tan soberana, que no hay imaginación que pueda formarse ni una idea aproximada, *porque ni ojo alguno vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (2).

Sé que Dios me dará; y dará a todos cuantos le amen, una existencia perfecta y feliz, que es participación de su misma vida y premio de la virtud de la tierra. Sé que esa vida es tan maravillosa sobre lo que yo puedo concebir o fantasear, por ser promesa y

premio de Dios, que este solo pensamiento me explica el *muero porque no muero* de Santa Teresa.

Pero mientras estoy en la tierra tengo que pasar privaciones, enfermedades y contratiempos mil, efecto del castigo del pecado original. En este tiempo debo dignificar y ofrecer a Dios todos estos sufrimientos, e ir abriendo lenta y trabajosamente, sin descanso, el surco para echar semilla de inmortalidad y de gozo con las penas y dolores. La tierra es sólo noviciado y prueba para adquirir tesoros que he de disfrutar en la gloria; destierro en que he de esperar hasta llegar a la patria celeste donde manan ríos de leche y de miel.

¡Quien vive fielmente la caridad y la fe marcha con alegría y siente ansia por llegar pronto a recibir el abrazo de Dios y ser iluminado con su luz fascinante. Desea que nazca, florezca y dé sazonado fruto la semilla de penas que enterró en el surco, sembrada por el amor!.

(1) *San Juan*, I, 6; San Agustín, *De Trinitate*. libro IV, c. I.

(2) San Pablo, *A los Cor.*, 11, 9.

CAPITULO VIII

SAN PABLO, Y CON EL LAS ALMAS SANTAS, DESEABAN Y PEDIAN LA MUERTE

«Los siervos del amor» (I), como llamaba Santa Teresa a los que se determinan a ser almas de oración, o mejor dicho, las almas que ya han recibido del Señor el don de la oración, viven el amor y han sido extraordinariamente iluminadas con una muy especial luz sobre el conocimiento de Dios y de sus perfecciones y atributos y sobre la insuperable hermosura y felicidad de la vida del cielo, que es la verdadera.

No hay conocimiento filosófico ni teológico sobre aquella vida de luz eterna que pueda compararse al íntimo conocimiento puesto por el mismo Dios en las almas ofrecidas a su amor; porque aquello es ciencia enseñada por los hombres, y este otro conocer lo da el mismo Dios; aquél es conocimiento teórico accidental y exterior, siempre con oscuridades, y lo que Dios enseña es en la sustancia del alma, como iluminando lo íntimo de la verdad con espléndidas claridades; es ciencia tan manifiesta y tan gozosa, como puesta con delicadísimo amor por la mano del Espíritu Santo en el centro del alma.

Con la clara noticia que estas almas de oración

habían recibido de la belleza y felicidad que hay en la vida sobrenatural, deseaban llegar a ver a Dios en su gloria, donde está la verdadera vida segura y feliz, con mayor ardor y más crecida ansia que puede desearse cualquier otro bien. Codiciaban la vida, que es toda luz y gozo sin sombras ni pesares; y como es Dios la vida misma y el amor esencial, suspiraban por la posesión de Dios. Santa Teresa de Jesús, hablando con las almas ya glorificadas en el cielo, las decía: «¡Oh bienaventuradas ánimas amadoras! Alcanzadnos a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar» (2).

San Pablo, en la explosión de su entusiasmo y de su amor ante esta hermosísima verdad, enseña con genial inteligencia doctrina tan subida y alentadora como llena de luz. No veía él la muerte ni tétrica, ni llena de horror, ni mensajera de males, sino transformadora y bella como esplendoroso triunfo. y con gozosa confianza y encantadora alegría habla de la gloriosa resurrección de su cuerpo: *Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad*. Y continuaba saboreando la dicha de tan gloriosa victoria: *La muerte ha sido absorbida por la vida. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? Demos gracias a Dios que nos ha dado victoria contra la muerte y el pecado, por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo* (3).

Y mirando aquella vida, que es la visión de Dios y la unión con El, deseaba morir y suplicaba al Señor le mandase la muerte.

No es malo desear la muerte como muchos equivocadamente piensan. Es malo deseársela a sí mismo o a otro cuando el fin del deseo es malo. Pero quererla para entrar en la gloriosa e inamovible visión de Dios, para llegar al último fin y suprema felicidad para que hemos sido creados, lejos de ser malo, es muy bueno y una gran virtud nacida del divino amor y del conocimiento de las perfecciones de Dios, infinitas como El es infinito. Ni existe bien más digno de amor ni más deseable que el bien soberano del último fin. Y es el mismo San Pablo quien nos da el ejemplo. Desea para sí la muerte como el mayor bien: *Tengo deseo, escribe, de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* (4); y en otra parte : *¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (5).

Deseaba San Pablo morir para entrar en la vida verdadera; dejar esta dura esclavitud, destierro y dolor, para entrar en la patria y poseer la vida, toda claridad y gozo; quería morir para dejar la incertidumbre de perseverar en la gracia y gozar de la seguridad perfecta; la muerte le pondría una corona de piedras preciosas; quería verse libre de las ignorancias, errores y caídas de la tierra, y gozar en la claridad y hermosura donde todo es dicha, armonía y alabanzas al Señor; llegar a la patria verdadera, donde

tenía su corazón. Vivía en Dios por el amor y anhelaba el momento de estar ya todo envuelto y transformado en su gloria, poseer y gozar la insondable plenitud de la luz, de la hermosura, inmensidad, sabiduría y vida del Creador. Desea dejar la tierra y salir de la lucha para volar al cielo y estar recibiendo de su Vida felicidad eterna.

Injusto, perjudicial y erróneo es desear seguir abrazado a esta vida, aun cuando no encerrase las amargas y tristes vicisitudes que encierra, y menospreciar el abrazo y la compañía de Dios; es locura preferir esta cárcel a la luz indeficiente de armonía y dicha del cielo, al eterno gozo de la sabiduría de Dios y a la dulcísima compañía de los ángeles.

No se perdona sacrificio ni esfuerzo para adquirir nuevos conocimientos de las cosas y sabiduría del mundo, de la historia y la ciencia; ¿pues cómo no desear ir a Dios, que es la misma sabiduría, la misma verdad y el Creador de todos los seres y mundos, ante el cual toda la ciencia de los hombres y todo el saber de los ángeles es ignorancia absoluta? Desgracia la nuestra es no conocer lo infinito de las perfecciones y grandezas divinas y la nada de la criatura, la diferencia que hay de la luz purísima de Dios a la total oscuridad de lo criado.

No vacilaríamos, si lo meditásemos, el desear ir al cielo. Yo quiero ver a mi Dios y quiero gozarle.

El alma constante en el amor de Dios ansía, como

San Pablo, la llegada de la muerte y la considera como visita del Señor; piensa con dulzura inexpressable en la muerte, porque sabe que solamente por esta amada puerta puede entrar a los rayos de la luz eterna y a la posesión de la felicidad completa; porque con ella ve llegar la dicha suprema, la visión de la esencia divina, en la cual, escribe San Agustín, «no diré nada más que se nos promete la vista de la belleza, de cuya semejanza reciben bellezas las cosas bellas y en cuya comparación son feas todas las hermosuras» (6).

Lleno de entusiasta alborozo nos dice San Pablo que la muerte se convierte en vida maravillosa y canta la victoria de la vida sobre la muerte y cómo en aquel preciso momento son convertidas las temidas tinieblas en triunfales resplandores *«cuando este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra escrita: la muerte ha sido absorbida por una victoria»* (7).

La muerte -el mayor y más temido enemigo del hombre al parecer-, vencida y transformada por Cristo, introducirá en la gloria a cuantos hayan buscado y vivido la verdad y el amor. Feliz el que sirve a Dios y más feliz el que le haya amado con todo su corazón y con todas sus fuerzas, porque recibirá mayor conocimiento y más alta sabiduría de las perfecciones y de los seres y mundos por El creados,

«pues con cuanta más vehemencia amemos a Dios, con mayor certeza y paz le veremos, porque en Dios contemplaremos la forma inmutable de toda justicia» (8).

El celoso Apóstol de las gentes no apreciaba su vida sino para darla a Dios por amor, y le amaba sobre todas las cosas, y tenía todas sus ansias centradas en ofrecerse y unirse a El; amaba y deseaba la muerte para llegar a la vida y se gozaba pensando en su próxima partida y en la corona inmortal que el Señor le tenía preparada. En esto consiste el amor sobrenatural: en estar adheridos a la Verdad y en despreciar todas las cosas terrenas por lo eterno (9) ; esta inmovible unión con su Creador y su Amor pedía el Apóstol. ¡Oh muerte, bienhechora y deseable, porque me llevas a la segura y perfecta vida, porque me unes a mi necesario y felicísimo amor y me das luz de su luz y calor de su fuego! ¡Oh muerte, mensajera de paz y de bien andanza, precursora de la luz del día eterno, codiciable y deseada, porque me sacas de esta oscuridad e inquietud para ponerme en la claridad y sosiego perpetuo; me levantas de esta tierra de dolor y discordia para sentarme en la paz de la gloria; porque me liberas de la opresión, del trabajo y de la pena y me levantas al gozo permanente; porque, con tu visita, me libertarás de la malicia, bajeza y mala voluntad o incomprensión de los hombres y me presentas ante la infinita belleza y sabiduría de mi Creador, ante la omnipotencia y bondad

incomprensibles de mi Dios, cantada por los ángeles del cielo y por los bienaventurados con quienes viviré y a cuyas alegrías para siempre estaré unido! Mi gozo es ahora repetir con San Pablo: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo, para que este mi cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad* (10). O con el profeta David: *Mi alma tuvo sed de Dios fuerte y vivo; ¿cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la infinita hermosura de tu rostro viéndote ya en el cielo?* (11).

Desde hace veinte siglos no ha sido otro el delicado suspiro de amor que vienen elevando al cielo las almas fervorosas hasta que les llega el momento de emprender el vuelo a la eternidad. Fue doctrina enseñada y ejemplo dado por el Divino Maestro.

Lo enseñó San Pablo, pero lo dicta el amor, cuya propiedad es unirse al amante y, en lo posible, hacerse una misma cosa con él.

A mí me lo grabó en el corazón un santo ermitaño. Me acerqué un día a su pequeña y rústica ermita. Estaba en gran soledad y apartamiento, emplazada sobre unas rocas, como un nido en una quiebra, cubierta casi de vegetación, rodeada de madroños, de brezos y jaras. Un corpulento alcornoque la cobijaba y daba sombra y media docena de cipreses la cercaban vigilantes; mirando, como ellos, sin cesar al cielo, pasaba su vida el ermitaño en oración continua, pensando en la gloria e inmortalidad y alabando

a Dios. A mi tímida pregunta, respondió con muy breves y amables palabras:

«Dicen que el amor es ciego, pero nadie sabe más ni enseña mejor. El amor no se equivoca nunca. Quien precipita en el error es el egoísmo, el torcido interés y la pasión. Es propio del amor unirse a la verdad y está en lo íntimo del amor de Dios adherirse al mismo Dios, verdad eterna e incommovible. La alegría de amar es el canto a la Verdad, de la que no quiere separarse, busca su unión, hacerse una misma cosa con ella.

»Por eso el amor da nueva vida, y está siempre pronto a emprender el vuelo e impaciente suspira mientras llega ese momento. Dios es su centro y su fin y el alma ansía unirse y hacerse una misma cosa con El y permanecer unidos eternamente.

»Recuerda -me dijo el ermitaño- las historias de la Divina Escritura y las de los santos. En ellas verás las obras del amor y te llenarás de gozo. En mi soledad siento consuelo de la continua compañía de mis admirables amigos los santos; no me dejan solo. Hacen de mi soledad la antesala del cielo.

»Recuerda que el amor rejuveneció a Jacob. Estaba inconsolable el santo anciano, siempre lloroso, desde que supo que su querido hijo José había sido devorado por las fieras. Pero un día le dicen que su hijo vive y con extraordinaria prosperidad, y que era dueño de Egipto; al oír esto, dice la Sagrada Escritura, que rejuveneció y se sintió tan fuerte que

exclamó: «Si vive, he de verlo» ; encontró energías para ir a Egipto y pudo abrazarle. Si el amor humano hace tales prodigios, ¿qué hará el sobrenatural, más alto y más noble? (12).

»Y la buena Ana, madre del joven Tobías, diariamente oteaba el horizonte para ver *si* por ventura volvía el hijo de su largo viaje. y cuando el perrito con sus caricias anunció al viejo Tobías la proximidad del hijo amado, se llenó de alegría y, olvidando su ceguera, echó a correr para abrazarle, sin dar importancia a los tropezones y peligro de caer. El cariño le dio impulso y no pudo esperar para abrazarle (13).

»Pero fíjate que nada hay tan irresistible como el amor espiritual, como el deseo de unirse a su fin, que es Dios ; así como no hay nada semejante a El en perfección, tampoco hay cariño que arrastre y levante como el del Creador. Todos los días me complazco en recordar esto en la vida de los diversos santos, todos abrasados de amor y con deseos del cielo. Ellos me hacen amable mi soledad, porque me hacen sentir que estoy más cerca del cielo y más dentro del Señor; que El es mi gloria hasta que me llame, como se lo suplico, y deseo tanto que no tarde. ¿Qué hago entre estos árboles sino estar con el pensamiento en el cielo, y, al mismo tiempo que amo a Dios y me ofrezco a El, recordarle que le estoy esperando ?

»Cualquier santo nos puede servir de modelo: Santa Catalina de Sena era joven; su vida, singular y admirable, de gran provecho a la Iglesia y a las

almas; pero sus deseos de estar en Dios no tenían medida. Veían los que la rodeaban, durante ciertos transportes místicos, que hablaba con Dios y la oían decir estas palabras: *¿Cuándo, Señor? ¿Por qué no ahora?*

»Por ese tiempo obró el Señor otra misericordia muy singular en su sierva y que fue notoria a cuantos convivían con ella. Vieron cómo había expirado y era cadáver. Durante cuatro horas su alma separada del cuerpo, vio el infierno y sus tormentos, el purgatorio y sus dolores, y oyendo las dulcísimas armonías del cielo, llegó hasta sus puertas. Mas en aquel instante volvió a la vida, porque era aún necesaria sobre la tierra para lo que el Señor deseaba hacer por medio de ella.

»Cuando Santa Catalina, terminado el rapto, volvió en sí, miró con ojos extraños a todos y durante dos días no hacía sino llorar y repetir: *¡Qué desgraciada soy!* Preguntándola su confesor la razón de aquellas continuas lágrimas y de tan extraña e inexplicable exclamación, sin dejar de llorar, le respondió: *«He visto los misterios de Dios. Llegaron a mis oídos las armonías del cielo, llegué a la puerta y cuando ya estaba para entrar, me mandó el Señor volviese a este destierro a cumplir el ministerio que me daba para bien de la Iglesia y de las almas»* (14). Lloraba con inconsolable desgracia el no haberse quedado en la gloria después de haber oído las divinas armonías.

»Mira tu propia alma y tus inclinaciones. El centro del amor es el Amado y no es posible dejar de desearlo con gran vehemencia, cuando se ve que es el bien mayor, el Sumo Bien y el manantial y origen de todo bien.»

Estas y otras verdades me recordó el apacible ermitaño. «Yo -me dijo al final- gozo en mirar esta infinita verdad y esto hace de esta hermosa soledad un paraíso. Aquí estoy como en luz de eternidad, con mi Dios; mi vida, en cuanto puedo, es lo más semejante a la del cielo. Dios llena mi ermita, mi corazón y estos riscos y quebradas cubiertas de verdura. Le canto al Señor el himno del deseo y de la alabanza unido a sus ángeles. Le digo que desfallezco por él y jubiloso estoy esperándole. Creo que de un momento a otro ha de llegar, y, entre tanto, gusto de repetir con David : *Tengo todo mi gozo en vivir en el Señor* (15). *Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas vivas, así, oh Dios, clama por Ti el alma mía*» (16).

El ermitaño quedó en silencio y yo fui meditando sus palabras.

(1) Santa Teresa de Jesús, *Autobiografía*, cap. XI.

(2) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones*, XIII.

(3) San Pablo, *A los Cor*» XV,

(4) San Pablo, *A los Filip.*, I. 22.

- (5) San Pablo, *A los Roman.*, VII. 24.
- (6) San Agustín, *De Ordine*, cap. XIX, núm. 51.
- (7) San Pablo, *A los 9'.*, XV, 53, 54.
- (8) San Agustín, *De Trinitate*, lib. VIII, cap. VII, núm. 10.
- (9) San Agustín, *De Trinitate*, lib. VIII, cap. IX, núm. 13.
- (10) San Pablo, *A los Filip*» I, 23; *A los Cor.*, XV, 53, 54.
- (11) David, *Salmo* 41.
- (12) *Génesis*, cap. XLV. 27. 28
- (13) *Tobías*, cap. XI.
- (14) Juan Jorgensen, *Santa Catalina de Siena*, Ubro II, pár. IV.

(15) *Salmo* 103. «... Porque en aquel estado de la bienaventuranza perfecta es una, continua y perfecta la operación por la que se une la mente del hombre con Dios. Pero en la vida presente tanto distamos de la bienaventuranza perfecta cuanto de la unidad y continuidad de tal operación. Existe, no obstante, alguna bienaventuranza participada; y cuanto la operación de la unión de la mente a Dios sea más perfecta y una, tanto tendrá más de bienaventuranza. Por esto, en la vida activa, que se ocupa de muchas y variadas cosas, hay menos de bienaventuranza que en la vida contemplativa, que sólo se ocupa de una cosa, a saber: de la contemplación de la verdad.» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-IIa, Q. III, a. 2, ad 4.)

- (16) *Salmo* XLI, 2.